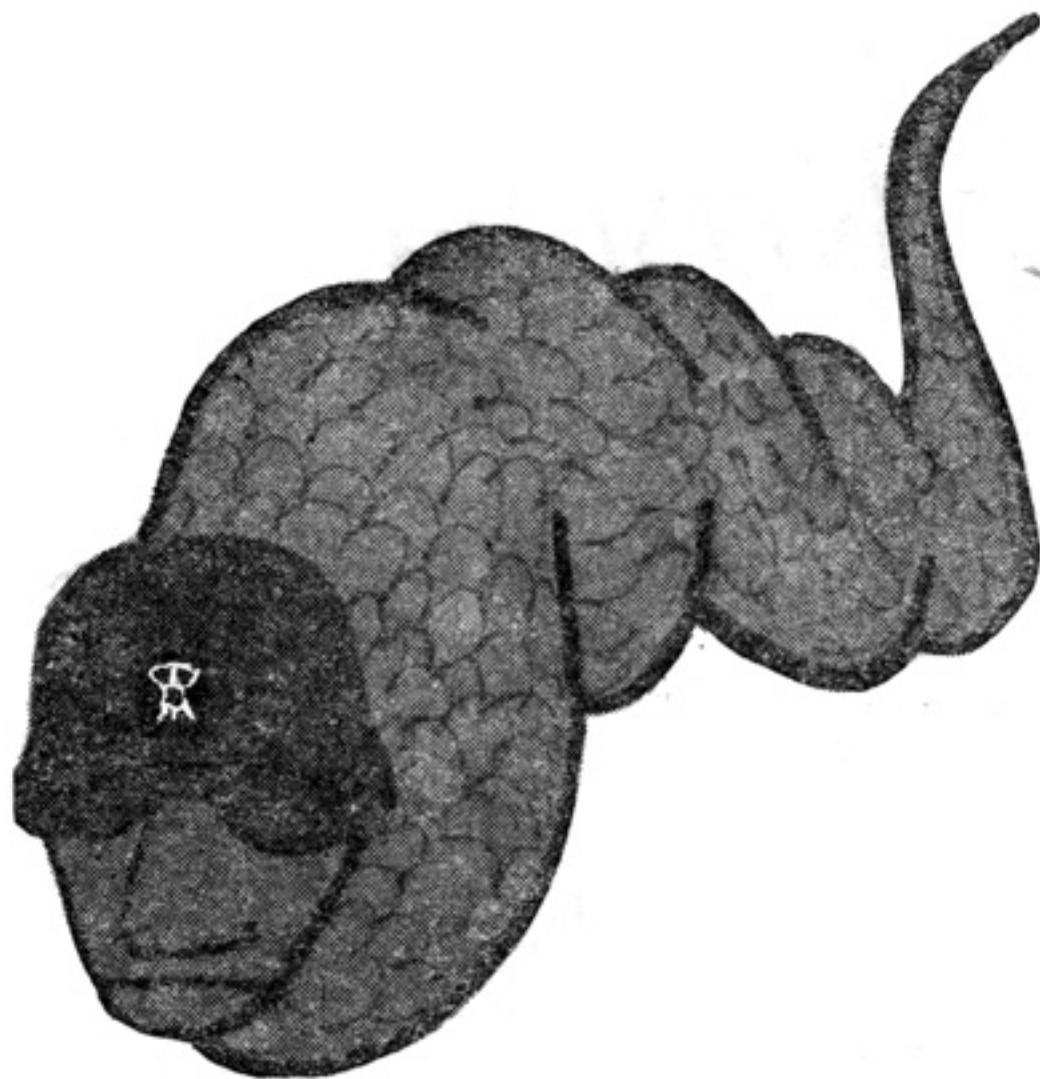

Poemas

David Huerta / Facultad de Filosofía y Letras



EL TALISMÁN

Detrás del abismo, sabio lugar en donde el sentido del tiempo pierde su forma cotidiana, te he convocado, y espero tu silencio. Hace unos días el talismán que me entregaste perdió sus costumbres de anulador y conjurador de maleficios. Estoy cansado. Estoy desnudo. Estoy ahogado por certidumbres y cicatrices que tú bien conoces. Hace un año, cuando abriste tu palacio a mis pasos de nómada implacable, sentí que el espacio se reducía a la suave distancia que separaba nuestros cuerpos. Vi tus armas de bronce y marfil y madera y aceros innumerables; admiré tus lentas colecciones de zafiros y esmeraldas; me asombré ante tus ojos de calurosa cercanía; viví, en fin, el momento que el espejo profundo me anunciaba a diario, cuando al pasar me miraba sonriente y protector antes de salir de mi caverna al aire abovedado en el que mi soledad germinaba y crecía, como un tallo tranquilo hecho de voces tibias y pausas deslumbrantes. Conversamos de cosas que a los dos estremecían y que para ambos recuperaban el ámbito de regocijada disciplina y altísimos fervores que ansiábamos para la vida. Y el silencio, grávido y veraz, que nos rodeaba de pronto. Y el silencio que para los dos adquiría la presencia de un indómito consejero. Recuerdo tus facciones. Entonces eran más despiadadas y directas, más profusamente inverosímiles de lo que son ahora. Cuando me despediste, lo recuerdo con alegre precisión, los huesos de tu cara y tus brazos esplendían en la felicidad del descubrimiento.

Detrás del abismo, ahora que aún no has regresado recuerdo todo con detalles de artífice rutinario y fiel a su labor. He ido tallando en la memoria aquellos momentos y ahora los veo con volumen y perspectiva contundentes: una obra maestra, un tesoro de orfebrería que guardo para ti cuando regreses y nos encontremos, detrás del abismo, en donde espero tu silencio.

POEMA

Así como la sangre que gira y se distiende
y ávidamente, ciegamente, golpea los muros de la muerte.
Así como el metal que al fuego se somete
en un ritual profundo de violencias.
Como el dolor tan solo —sólo a veces, cuando
el reloj no da la hora, cuando el alma
se ciñe de sonidos amargos
y el sol es una gota de sal envejecida.
Como el añil perfecto en que se muere,
como la lejanía nos toca,
como el grito nos pasma y la voz es lunar y desbordante;
y el ojo del dormido no lo sueña
y la mano febril ya no se abisma
ni el espasmo ni el ruido se desatan.
Así —como si nada fuera más—
llega el amor y toca nuestra piel
nuestras manos cansadas y el aliento,
toca el aire y los ojos y verdaderamente
somos más.



SONATINA

Ella se abría,
quizás,
como los sueños.

Tú buscabas la noche.

Afuera,
yo miraba callado
al día dominando
los claros signos.

Ella se abría, quizás,
y de sus manos indolentes
un fuego vítreo
acosaba el silencio de tu nombre.

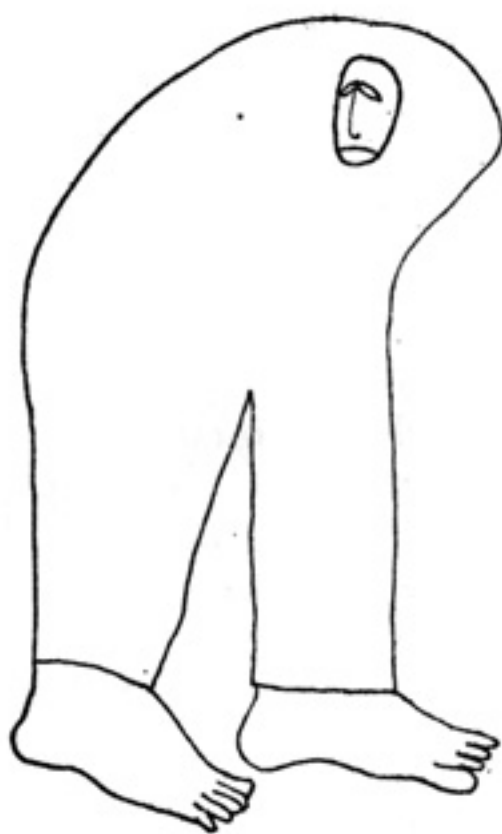
Buscabas el sol
entre los gritos de la ciudad,
entre la hora incinerada
de esta sangre caudal.
Yo era propicio
a alguna suerte, yo vivía
quizás.

HIMNO EN MOVIMIENTO

Oscila el ser
entre el abismo pétreo
y la altura de luces
que la vida confiere.
Una voz que domina la noche,
una palabra, un rostro
y el inquisitivo silencio
que todo lo penetra.
Una palabra cierta
que avasalla al espejo
en su profundidad sin fin.
¿Qué verbo tumultuario
asienta en múltiples,
ilesas vestiduras,
la multitud del nombre
y la quietud del ansia
en que crecemos?
Oscila el ser;
la conciencia se alza
desde rasgados muros
de agonía. Oscuramente anidan,
en eslabones tristes
y nocturnas palabras,
una sed de fulgores,
el alma entre sollozos
y la columna del fuego desasido.
Son el tiempo y su voz
tal un quemante cirio de vigili-
as: el resplandor primero
que nos nutre y consume,
donde se vive y muere
nuestro rostro,
donde la imagen del espejo es
y la semilla arde en rito de asistencia
y es que la cercanía se otorga
una intensa simiente
de misterio.
Un umbral se protege en su secreto
bajo la infinitud de lluvia,
de la mirada inerte. Vibra,
solo entre dos nacientes misterios amarillos,
el espacio que anuda las distancias
y ofrenda el verbo oscuro
en que la soledad asume
su levedad,
su distinto silencio de agonía.
Crece bajo la piel del ambiente silente
algún fluir de horas,
de instantes ya metálicos,
ya ciertos, de lugares
que recubren el ritmo
de la ruina y el vuelo. Crece
desde la estancia pálida
una red invasora
que toca el límite
y la esfera. Aún
la arena fluye: virgen
y frecida al destino,

plumaje del minuto,
luna tejida en calcinante sombra
que da luz
a los gestos —dolorosas semillas
de la fiebre que enraiza
en la destreza amarga
del riguroso filo en llamas.
El abismo se cierra,
se colma de sí mismo:
se corona de abismo y espesura,
se sabe oscuro abismo,
totalidad primera.
Los pasos próximos
—contigüidad de instantes luminosos—
cierran la mano a la vigilia
y abren de par en par
el momento cercano
de la vida inmediata:
único sol, espada y fruto,
entraña verdadera,
soledad sin sustento,
espejo derruido
por el impulso en llamas
de la fiebre primera,
original y vasta
que nos mueve.
Bajo espasmos de cielo primitivo
un ave se consuela
y desnuda sus alas
para ser un relámpago,
una palabra al fin, la Voz.
Piedras y resplandor,
espera sobre rieles claroscuros,
los edificios negros,
el murmullo desierto
de una caricia, un signo,
—la sensación de estar.
Cenizas y cristales,
agua y ocaso,
fusión de agudos címbalos
con eslabones fríos, comunión en la hoguera
de cumplimiento y vasallaje.
Profunda luz de la pregunta
que en la altura da fruto,
se esparce en los destellos
que le dan vida y voz,
y desciende por fin
al fondo del abismo
con un collar de sombra y cercanías.
La inminencia se cubre
de brillantes figuras:
rostros en plenitud,
siluetas inequívocas
que desde el borde antiguo de los sueños
dan alimento a los pronombres
y los señalan con puñales
de llantos o de asombro.
El viento se sumerge
en los sonidos. La soledad
se reconoce al fin en el espejo
La cercanía, la voz,
el pulso destelleante
se contemplan cubiertos de presencia.

La ciudad y su nombre,
su edad, su sed inacabable
de animal inconsciente y multitudinario
se asientan en sí mismos,
se acompañan de sí, de sombra y luz.
Inmemorial, el tiempo ordena
que se quiten los velos a los días, los sueños,
los nombres y las cosas . . .
Y al fin el rostro se levanta y redime
entre espigas y ríos
de cristalina especie,
de memoria y presente, alas abiertas
y desnudez y sangre
y movimiento
y vida.



TESTIMONIO DEL FUEGO Y DE LO OSCURO

Una vez más es la mirada:
sandalia atónita que bajo el tiempo se consume,
mientras sobre la piel desnuda crece un himno de luz
o un río de sombra nos golpea.
Una vez más arde la sílaba en su propio cansancio,
y el clima de las bocas
murmura por su voz divina sangre.
Forma de asombro que toca el espejismo
cuando la soledad respira
es el follaje de las manos
descubriendo la transparencia, ahíta
de implacables y duras disciplinas.
Llenos de maravilla resonante
van los brazos tardíos
van el silencio y la inminencia
van la estación y su cintura ahogada de colores
por la suave planicie del espejo ahuecado.

SUENAN CAMPANAS

Suenan campanas a la orilla del mar
abrumadoramente.

Oscuros y densos,
los címbalos de la quietud
improvisan una sonata ciega
con el cálido ciervo intermitente.

El pavorreal observa
multitudinario.

El prócer celeberrimo te mide
con miradas atroces
desde su fría altivez
de estatua humedecida.

El espejo te abruma de añoranza
con el tenue recuerdo
del momento

de hace apenas un momento.

Canta el silencio la tristeza
que se clava en tus hombros
con la tenaz, dulce figura,
de una doncella gris vestida
de puñales.

SONETO

*El lenguaje es un templo desolado
en el que a veces tocan los sonidos
de una voz o de un grito desmedidos
hechos de algún metal ya acrisolado.*

*Son el suave reposo alucinado
de profundos y múltiples sentidos
que quietos y desnudos —desasidos—
se convierten en numen hechizado.*

*Del secreto de antiguas soledades
vienen palabras, signos y expresiones
cifradas por disímiles edades*

*y en distintas y muchas variaciones
nombran al hombre al mundo y a la vida
y a la existencia próxima y habida.*



EL TESTIGO

*Ciego entre dos mitades de la noche
has regresado exhausto,
sobre piedras de luz,
y espesos filos de agonía,
a murmurar el precio de tu nombre:
suerte de magia que tu desierta vida no deslumbra.
Fiel vasallo de labios silenciosos
has ardidado lo mismo
en la sombra tenaz y en el luciente fuego;
has saqueado tu vuelo
y has animado párpados y brazos,
y has dicho al fin
entre dos gajos de la noche
el instante propicio de tu muerte.*

POEMA

Tocado al fin por la ceniza
el día se desvanece.
"Oh deidades
—bajo la ciudad,
algo confuso crece:
son el alba caudal
y el estrépito amargo
de la sangre soñando desventura."
Son los sueños —los otros sueños
también los que se alzan.
Y el pulso crece
bajo oscura marea.
La soledad es diferente.
Al fondo de sí mismo
el hombre encuentra
y reconstruye



CANCIÓN DEL ENCUENTRO

I

*La noche clava sus ojos en el mundo:
de arduas habitaciones,
con espesa fatiga de ceniza
emergen los breves hombres.
La noche es el ropaje del viento de la noche:
mármol indiferente
que dispersa el sombrío presentimiento
en multitud de sueños y palabras,
en un collar inmenso de palabras
que han de vestir la fuente
de nuestro lento paso.
La noche es el puñal que corta nuestro aliento
a la mitad del largo viaje
y nos deja sin voz
y sin amarres: abandonados en el vue'
huérfanos de quietud y semejanza,
anidando en el puro movimiento
de esta inmensa aventura inacaba.*

II

*Pero qué vibración:
anclado al fin el pie a su nombre,
se alza en el ser la llama de metal,
la columna de sangre, y su ramaje,
la pupila fugaz (ya que las cosas
permanecen y son fugacidad);
el recipiente ambiguo, el ojo humano,
ha de ser instantáneo y destelleante,
ala irrecuperable, hisopo repentino.
Pero qué vibración: crece en el ser
un ansia, una canción de humo,
un castillo de agua. Crece en el ser
la noche, el vasallaje de la noche,
la ruptura: el pulso afila un himno,
levanta entre el follaje
del confuso crepúsculo
la ofrenda. Alza
bajo el hilo del tiempo circular
la nave fiel de múltiples umbrales,
el confín enjoyado, el límite febril
en donde piel y sangre, voz, palabra
y aliento se dan cita
y confirman
el instante caudal
del infinito encuentro.*

